

Hilos de miel

Me hicieron comer miel. Al principio todos comimos. Luego, me desnudaron.

–Cierra los ojos– dijo el chico. Me acomodaron bocarriba.

Con los párpados bajados, sentí el aromatizado aire que las corrientes transportaban hasta mí. Ahora me pregunto cómo habían encontrado ellos un lugar como aquel, un lugar tan lleno de flores que dolía permanecer con los ojos cerrados, pero así sabía yo que debía mantenerlos.

Tal vez para conocer un lugar como aquel me había dejado arrastrar hasta allí, para descubrir un edén falsamente inocente en medio del campo primaveral, a la vista de aquellos indiscretos involuntarios que pudieran acercarse por allí. Mis acompañantes lo frecuentaban a menudo, según me dijeron.

Mientras me reconfortaba con todo ello tras la negrura de mis párpados, escuché como Jan se acercaba.

–¿Estás cómoda? –el olor del chico se unió al de las once mil flores del paraíso, sudaba, aunque no era un olor desagradable, sino estimulante.

–Sí.

–¡Seguro que lo está! –dijo ella, Marta, la pareja del hombre, cuyo olor, más tenue, se unió también al campo. Se debía haber dado algún perfume, un aceite, una esencia afrodisíaca. Seguramente en el pelo, y sus manos debían de estar totalmente embadurnadas.

Noté unos dedos en los hombros. Desde mi posición reclinada en aquel sillón que imitaba la forma humana, fueron bajando por mi cuerpo desnudo, primero recorriendo los brazos y, tras subir de nuevo, desde el cuello hasta la cadera, sorteando los senos con delicadeza. ¿Por qué?

Los dos estaban a mis espaldas, seguramente desnudos, la chica estaba inclinada sobre mí siguiendo su extraño masaje, su pelo me acariciaba la piel y me sumía en sus olores esenciales. Sí, sin duda estimulantes.

–Voy a empezar –dijo el chico.

Las manos de Marta se retiraron y los lugares donde había hecho contacto se enfriaron con el aire florecido. Pasó un tiempo en el que no me atreví a moverme. ¿Qué debían estar haciendo? ¿Se estarían acostando, dejándome sola con los ojos cerrados? No los oía...

Entonces lo noté, una gota fría en la frente, espesa, muy espesa. Otra gota me cruzó la mejilla, otra el ojo, y otra la boca, eran como hilos que lentamente bajaban por mi rostro.

Me atreví a sacar la lengua con ligereza, procurando que los otros no se dieran cuenta de que lo hacía. Dulce. Miel. Pero no una miel líquida y fluida como la que acostumbraba yo a tomar, sino espesa, muy espesa. Aunque yo estaba reclinada, las gotas apenas fluían por mi cuerpo. Sentí un beso, largo, muy intenso, era la chica que me lamía los labios manchados de miel; cuando se separó noté que estaban completamente pegajosos.

Nuevas gotas cayeron, en el pelo, en las orejas. No estaban frías pero su primer contacto siempre me hacía estremecer, luego se calentaban con mi calor corporal y las notaba extrañamente tibias. Empezaron a caer por mi cuerpo. Una de ellas fluyó. De mi barbilla pasó a mi cuello, recorrió mi pecho, subió por mi seno derecho y me cruzó en el pezón. Luego bajó, por mi vientre, llegó al monte venus... Y se desvió por mi muslo haciendo ondulados caminos por el interior. El chico creaba el filamento de miel con mucha delicadeza, el recorrido finalizó en mis pies.

–Abre los ojos –dijo ella.

Sin embargo, solo pude abrir uno, el otro tenía demasiada miel. Vi mi propio cuerpo y el camino dorado, la miel era extrañamente oscura. La chica estaba a mis pies, y empezó a lamer mis dedos manchados.

–¿Te gusta? –preguntó ella.

–No lo sé –estaba confusa– sí, creo que sí.

–Pues cierra los párpados de nuevo –dijo él desde detrás.

Los cerré y sentí de inmediato que nuevas gotas caían bajo mis ojos, él me estaba decorando con ámbar líquido y dibujaba lagrimas dulces sobre mi piel. Noté una mano que recorría el camino de miel de mi vientre y lo extendía aquí y allá. Marta debía de estar pringándose ambas manos con la miel de mi cuerpo. Iba subiendo y arrastraba su pelo, embadurnándose las puntas y dejando densas marcas paralelas como un fino rastrillo. Mientras tanto, otro hilo me cubrió por el lado izquierdo, cruzando mi pezón y desviándose de nuevo por mi muslo cuando se acercó a mi vergel privado.

Entonces lo noté, la mano de la chica se posó tiernamente entre mis piernas y me recorrió los labios vaginales con los dedos, hacia arriba. Solo fue un contacto fugaz, pero me hizo lanzar un ligero gemido. Llevaban un buen rato haciéndome desear cualquier tipo de contacto. Sin embargo, Marta volvió a recorrer los caminos de miel con las manos, dejando rastros pegajosos allí donde se entretenía.

De pronto, un trapo húmedo me recorrió los párpados, el chico me los estaba limpiando de miel. Se lo agradecí internamente, aunque me pregunté en qué momento él iniciaría su participación en aquella especie de ritual epicúreo. Yo tenía mayor experiencia con chicos que con chicas y deseaba que Jan interviniera ya físicamente. Entonces noté el tacto caliente de su miembro, aprecié que el hombre, aunque se mantenía al margen por el momento, estaba disfrutando de un modo perverso con todo lo que hacía.

Decidí moverme por primera vez, levanté la mano y agarré el miembro, me di cuenta de que la tenía fría, porque el pene parecía arder en mi palma. Inicié un lento movimiento adelante y atrás, pero noté que otras manos se unían a las mías y detenían el ritmo.

—Aún no —dijo Marta mientras apoyaba una mano completamente recubierta de miel sobre mi seno derecho y apretaba, dejándola en él marcada— aún no, querida.

Una mano marcó mi otro pecho, y también mis muslos internos. Más hilos de miel me recubrieron de arriba a abajo, esta vez sin esquivar zonas prohibidas, noté como el néctar espeso se filtraba entre mis pelos púbicos y me pregunté cómo había llegado a aceptar a participar en todo eso.

Había conocido a la pareja en un parque, había visto que la chica tenía miel en su mejilla. Me ofrecí a limpiarla y ambos sonrieron, se interesaron por mí, me invitaron a un bar. Nunca se puede uno imaginar las perversiones privadas de cada persona, y menos en un primer encuentro. Repetimos la reunión otros días, me contaron la razón por la que ella iba manchada de miel el día que los conocí, me invitaron a probar. Muchas veces. Cedí.

Yo nunca había hecho un trío y suponía que, si alguna vez lo hacía, sería con dos hombres, era lo que me ponía; o tal vez con una pareja como aquella, pero de forma convencional, sexo como el que a veces veía en la pantalla de mi ordenador. No eso...

Sentí que nuevas gotas caían sobre mí, el sol debía haber calentado la miel durante el acto y ahora se vertía tibia y olorosa sobre mi cuerpo en chorretones más fluidos. Parecía que Jan quisiera pringarme el pelo entero, pues allí se entretenía. El chico iba y volvía, y seguramente vertía miel sobre la otra chica, que seguía recorriendo mi cuerpo con sus dedos. Notaba que de ella también caían gotas.

Entonces sentí por primera vez las manos de él. Su mano me recorrió el cuello por detrás e introdujo sus dedos en mi pringado pelo, los deslizó por él tirando ligeramente al principio y

luego con intensidad. Con el cuerpo tan pegajoso, con sensaciones tan extrañas y perturbadoramente eróticas, los tirones me excitaron como nunca el dolor lo había hecho. Ese ritual estaba causando su efecto...

Intenté moverme otra vez, pero me percaté de que tanta miel me había adherido a aquel extraño sofá, abrí los ojos por fin y pude ver la chica. Goteaba miel y se lamía las comisuras de los labios, era tan delicada que conseguía que olvidara su contacto.

Parecía que algo iba a empezar. ¿Terminaría la excitante espera? Por primera vez apareció ante mi vista el hombre desnudo. Aún no le había visto así. Le miré el pene, erecto, por alguna extraña razón me sentí impactada pero no sé porqué, había visto otros mayores... No se había depilado, pero debía haberse recortado el vello. ¿Cuál era la media europea? ¿Trece centímetros? El hombre debía tener un par más, estaba circuncidado, como los actores porno, aunque no estaba segura de que eso me gustara. En realidad me daba igual, deseaba ese pene, deseaba a la chica, su cruel masaje fetichista me tenía cautivada y, verdaderamente, cachonda.

Marta se dirigió hacia él, introdujo su mano en el tarro de miel y con toda ella chorreando oro oscuro, se puso a masturbarle arrodillada, luego empezó a comérsela con pasión. La vi abultar por sus mejillas y de vez en cuando ser casi tragada, a veces completa, y la chica entonces parecía asfixiarse, tosía y tenía arcadas, pero parecía disfrutar con ello. Me dieron ganas de probarlo, nunca había hecho un francés profundo.

Sin embargo, la miel me adhería al sofá y me veía sin posibilidad de intervenir. El hombre cerraba los ojos, pero no tocaba la cabeza que avanzaba y retrocedía ante él, en cambio hundió los dedos en mi pringado pelo y me inmovilizó contra el extraño soporte. ¡Había percibido que intentaba levantarme!

Cambié de perspectiva y me miré a mí misma preguntándome si ellos me dejarían así. Si ése era el plan, eran crueles, pérfidos. ¡Malvados! Y me di cuenta de que tenía tres mariposas sobre el cuerpo, todas ellas sorbiendo el dulce néctar. Era una especie de escena paradisíaca y de absurda inocencia de algún cuento griego, como el de Dafnis y Cloe. Dos mariposas estaban entre mis piernas sorbiendo la miel que allí tenía, lo notaba, de algún modo la chica había introducido un dedo allí sin que yo me percatara demasiado... Seguramente cuando él me tiró del pelo, como ahora. Aunque tal vez no fuera solo miel lo que sorbían... ¡Casi me sentí forzada por las mariposas al pensarlo!

Y entonces percibí que la pareja había detenido su ritual privado para mirarme, rieron, más mariposas se unieron a las primeras ¿Estarían disfrutando viéndome ser forzada por los insectos?

–Disfruta –La chica se levantó y asustó a las lascivas bestias con un gesto.

Y empezó a recorrer con la lengua los ríos de miel de mi cuerpo. Primero los labios, la barbilla, el cuello, luego el pecho; se entretuvo en el pezón mientras con la otra mano presionaba el del otro seno. Se me endurecieron, más de lo que ya estaban. Siguió bajando por el vientre y cruelmente se saltó la zona íntima para seguir por el muslo y la pierna. Luego lo repitió por el otro costado.

Yo sentía las zonas lamidas, la brisa floral las refrescaba y estimulaba. El hombre entonces pasó su pierna por encima de mi torso y se quedó frente a mí, con el pene a mi altura. El sofá me mantenía una posición semierguida aunque toda yo cómodamente reposaba. Despegué mi brazo y le agarré el miembro, empecé a agitar hacia adelante y hacia atrás, muy lentamente, él cerraba los ojos.

Tenía la boca pastosa por la miel, pero alcé la cabeza con fuerza, despegando mi pelo, y empecé a lamerle la punta, solo eso. Si ellos eran crueles conmigo, yo lo sería con ellos. Seguí así un rato, concentrada en hacer sufrir a aquel miembro pornográfico. No dejé de mirarle y vi

como Marta introducía de nuevo su mano en miel y se colocaba a su espalda. De vez en cuando veía aparecer sus manos para dejar rastros densos sobre él. ¿Como había llegado yo a aquella situación? Las manos de ella salieron de mi línea de visión.

Y entonces noté como me empezaba a lamer, noté su pelo arrastrarse y la lengua empezar a acariciar mi clítoris con cuidado. Ella se debía haber echado una cucharada de miel en la boca, pues su toque era adherente. Un dedo se introdujo dentro de mí, luego fueron dos, lentamente, adelante y atrás mientras con la lengua dibujaba triángulos y eles sobre mis partes más sensibles. Ya nada se podía detener.

El hombre me pasó las manos por el pelo y me sujetó la cabeza con fuerza, sin embargo no me atrajo hacia él. Yo lo agradecí, ya no tenía que hacer fuerza para seguir con mi trabajo. Con mi excitación ya sobreestimulada tras el baño de miel, unido al creciente placer que notaba entre mis piernas, no pude evitar empezar a lamer con mayor entusiasmo. Rítmicamente. Cada vez más adentro. Probé a hacer un francés profundo, pero con ese ángulo el chico dio un respingo de dolor.

–¡Cuidado, querida! –dijo Jan, su voz me sorprendió, detecté un ligero estremecimiento en su sonoridad.

–Lo siento... –me apresuré a decir, avergonzada.

Entonces él se retiró y se colocó simplemente de pie a mi lado, con una mano me ayudó a erguirme del pegajoso sofá, quedando sentada, y me encontré de nuevo a la altura del miembro. Marta, viendo interrumpido su trabajo con mi cambio de postura, se sentó a mi lado y juntas empezamos a chupársela.

Esta vez no pensé en hacerle sufrir, seguí donde lo había dejado. El dulce dominaba todas las sensaciones, la saliva se espesaba. Primero una, luego la otra, nos íbamos turnando y de vez en cuando agarrábamos el miembro con una mano y lo masturbábamos mientras nos besábamos las dos, besos largos, babeantes, la saliva melosa goteaba sobre nuestros senos, que se

tocaban y pegaban entre ellos, las lenguas casi luchaban por la sabia amarilla. Aquellos besos fueron para mí lo más intenso que había hecho en mi vida con una mujer, mucho más que el sexo oral, los juguetes o los retozos en camas ajenas. Me sentí perversa por primera vez aquel día, no vulnerable o inocente.

Volví a intentar el francés profundo, algo mejor, aunque no completo. Marta, viendo mi esfuerzo, quiso hacer una demostración, la vi retorcerse y escupir saliva dorada, el pene chorreaba con ella. Yo lo volví a probar, sin conseguirlo.

–Tal vez debas forzarla un poco –sugirió la chica a su pareja, con tono lascivo.

El hombre me agarró por la cabeza con una mano, introduciendo los dedos por mi pelo pringado como siempre hacía, y me apretó la boca contra él, haciendo que el pene entrara casi completo, con la otra mano me tapó la nariz. Me empecé a ahogar, intenté respirar, pero solo encontré un miembro rígido que, con el gesto, se introdujo más aún... Me eché hacia atrás, liberándome, y la otra rió.

–¡Te da arcadas! –me quejé.

–Claro que sí, querida –y entonces ella repitió, el hombre también la agarró por el pelo como había hecho conmigo y apretó, tapándole la nariz.

La otra aguantó, tosió, escupió, y empezó a vomitar miel mientras aún tenía el pene en la boca, por fin se separó soltando babas y néctar que le cubrieron todo el pecho.

–¿Por qué crees que lo hacemos con miel, querida? – preguntó Jan, que se agachó y le lamió los pechos a su pareja.

Luego se besaron. ¿Dónde me había metido yo? Aquel paraíso se convertía lentamente en un sembrado de perversiones concupiscentes, pero ya estaba integrada en aquel perverso acto, era uno más entre los polinizadores del edén.

Tomé miel de nuevo y continuamos la felación compartida, ella lo hacía con verdadera devoción, y parecía disfrutar en sus turnos, luego se ponía a besarme y yo lo acepté alegremente. Seguí con todo, probando la garganta profunda, metiendo yo misma mis manos en miel, pringándome, pringándole, pringándola. Pringándonos. Casi le estaba cogiendo el gusto.

En un rato que la pareja se concentró en si misma, yo me levanté y los miré. La veía a ella lubricar, la humedad bajaba por sus muslos, me incliné para lamerlos, eran dulces, como todo en aquel lugar. Las mariposas volaban a nuestro alrededor y se posaban sobre nosotros cuando nos deteníamos. Ahora me pregunto como lo hacían para no quedarse pegadas. La chica tenía tres sobre los pechos y una en la oreja, parecía una joya. Yo se la quité y le lamí el lóbulo, también estaba dulce.

Cambiamos de postura, hicimos el amor, pegados, todos lo probamos todo. Si hasta el momento cada sensación había sido distinta y especial, en aquel momento todo quedó sustituido por un placer constante y maquinal. El éxtasis se incrementaba, cada acción elevaba el placer a nuevas cotas de delirio sexual.

Continuamos, gritamos. Todos. Si había alguien cerca que aún no sabía qué estábamos haciendo allí, ahora no tendría dudas sobre ello.

Y entonces llegó un momento donde mi cuerpo no pudo continuar, caí agotada sobre el sofá antropomórfico.

–Lo hemos logrado. ¡Mírala! –dijo Marta con regocijo.

Sin embargo, no quise detener aquella actuación, el chico parecía a punto de terminar, la chica también, pero daba la impresión de que querían prolongar aquel encuentro para siempre. Continuamos, quería que todos llegaran al mismo extremo que yo había alcanzado.

Al poco rato parecía que Jan disfrutaba en exceso de mi momentánea felación e intentaba separar mi cabeza de su miembro, no le dejé. No pudo más. Debía haberse estado reservando una semana entera, pues me llenó la boca por completo. Si alguna vez he tenido reparos con el esperma, no fue en esa ocasión, era dulce.

–Te dije que no deberías haberte reservado tanto –le dijo la otra entre jadeos.

El hombre se separó resignado mientras yo tragaba un poco de esperma, sin escupir el resto. Ella se tumbó sobre mí y nos besamos. Me lo robó con un beso, luego me lo devolvió. Seguimos un rato, las dos solas y ella tuvo su orgasmo al fin.

Sacaron agua y nos lavamos, la verdad es que venían preparados, aunque no pude desprenderme de todo. Ya me avisaron de que tuviera eso en cuenta.

Luego me devolvieron a mi casa, tal vez algún día lo repitamos, tal vez no. Seguramente no. Ya se habrán buscado a otra a quien pervertir.

Envidio a la nueva, aunque no me atreva repetir.

Seudónimo: Falsa seriedad